

NATIONAL UNIVERSITY OF IRELAND, GALWAY
OLLSCOIL NA hÉIREANN, GAILLIMH
SEMESTER II EXAMINATIONS, 1999-2000

THIRD ARTS SPANISH
THIRD B.CORPORATE LAW WITH SPANISH
SH301: SPANISH LANGUAGE: PAPER I
Unit Value: 8

Dr. D. J. George
Professor D. Bradley

Time allowed: three hours

Answer both questions

Translate both passages into English:

1. Pascual Menéndez vivía en un hotelito, casi en descampado, poco más allá de la fábrica. Se preparó todo concienzudamente. Pablo sabía la noche y la hora, conocía los hombres. Bebió bajo la mirada impasible del Antón, que secaba los vasos maquinal y sombrío, la colilla en la comisura del labio, la mirada húmeda y fija, reluciente. Por la puerta abierta, entraba la noche caliente de julio. Pablo miraba de cuando en cuando afuera, donde había un raro resplandor de luna, rojizo y sensual. A lo lejos, tras los postes y el largo alejarse de los cables, la llanura, inmensa y ardiente, se perdía bajo las estrellas y el vuelo silencioso, invisible, de los insectos.

Pascual Menéndez amaneció entre el lívido color rosa del alba, bajo el rocío, atado en un poste junto al camino. Un mendrugo de pan duro y ensangrentado le llenaba la boca.

La Guardia Civil, sin necesidad de muchas averiguaciones, detuvo a los culpables, entre ellos a Tristán el Grandote, que fue tras la pareja arrastrando su fiebre y su borrachera. Eran doce, entre sospechosos y culpables. Pablo los vio marchar como las reses al matadero.

La cárcel estaba cerca, y allí fueron a parar. Mientras el juez local y el cabo de la Benemérita instruyeran los autos del proceso, quedarían allí.

La prisión formaba ángulo con dos callejas oscuras de la última estribación urbana. Poco más allá se abría el campo, cerrado en la noche, gravitando en una extraña densidad de silencio. En un farol parpadeaba una luz diminuta y amarillenta, estrellada en la sombra. El piso de las calles, de grava y tierra endurecida, se bebía el ruido de las pisadas. A la cabeza de los cuatro muchachos, Pablo avanzaba, con fría seguridad de alucinado. No reflexionaba en lo que iban a hacer, pero sabía que tenían que hacerlo. Unos pasos más y se hallarían junto a los viejos paredones de piedra, remendados a trechos con ladrillo. Las ventanas de la parte baja estaban tapiadas. Las del primer piso tenían grandes barrotes de hierro, anudados entre sí. El único punto vulnerable era la puerta principal. Había que jugarse el todo por el todo, había que entrar, y que entrar por allí.

Ana María Matute, *Casa de juegos prohibidos* (1997)

p.t.o.

2. —¿QUÉ le han hecho a esa niña? ¿Por qué llora esa niña? ¡Milagritos, rica, ven acá! — rugió Travesedo, desplegando convulso la servilleta sobre los muslos. Luego afianzó las gafas. Estaba sentado a la cabecera de una mesa redonda dispuesta para la comida, con un mantel agujereado cubierto de manchones cárdenos, uno de ellos dilatadísimo, y de redondeles, a trozos, de coloraciones diferentes, como mapa geológico. En torno de la mesa, el resto de los huéspedes aguardaba el avènement de la sopa.

El comedor, pobremente atalajado, tenía un balcón abierto de par en par sobre un gran patio de vecindad, en cuyas paredes, recién encaladas, el sol resplandecía. Era prima tarde; un día voluptuoso de primavera. Entraban por el balcón ráfagas de brisa, y en ellas, diluido el sol templadamente. La ropa blanca que de unos cordeles pendía de lado a lado del patio danzaba en el aire con movimiento elástico y gracioso de apacibles banderas. Era, en suma, uno de esos días mardileños de ambiente enjuto y ardiente, demasiado puro para respirar, de suerte que provoca una grata emoción de angustia en el pecho: esos días de tan acendrada vitalidad y belleza que al huirse dejan a la zaga los más tristes crepúsculos. No había olor de flores ni sugerencias de renacimiento vegetal, que es por donde la primavera se muestra más deleitablemente; pero una criada cantaba una cancioncilla, y con ser depravada la música y la voz nada melodiosa, se dijera que acariciaban así el sentido del oído como el del olfato, y que estaban saturadas una y otra de evocaciones rústicas, de claro rumor de agua y de bosque.

Se oía también, como contraste doloroso, el llanto de un niño.

—¡Que me traigan esa niña!-volvió a aullar Travesedo, elevando los brazos. Entró Antonia, la patrona, en el comedor, conduciendo de la mano y casi a rastras a una niña, como de seis años, la cual lloraba como lloran los niños, con tanta intensidad que parecía que el alma, licuefaciéndose, se le derramaba por los ojos.

R. Pérez de Ayala, *Troteras y danzaderas* (1913).